**EL ARTE DE INVITAR Y SER INVITADO**

Juan 2:1-11

INTRODUCCIÓN:

 Se llama “arte” a la capacidad o habilidad para hacer algo. Si bien se utiliza esta palabra a las producciones realizadas por el ser humano con fines estéticos, como el arte de la pintura, o el arte de la música o del teatro, pero también se emplea para referirse al arte de la guerra o el arte de la política. Otras veces se emplea la palabra arte para hablar de una técnica o a un oficio en particular. Pero arte es también la forma y la fuente de expresión para representar de manera creativa los sentimientos, las emociones del mundo que nos rodea.

 Cuando decimos que invitar es un arte, estamos diciendo que se necesita de cierta habilidad para saber invitar, y del mismo modo se necesita de cierta habilidad al ser invitado.

 Cada vez que uno es invitado, y cada vez que uno invita, entran en juego nuestras emociones, intereses, el tiempo disponible, afectos y desafectos, estados de ánimo, expectativas de lo que puede ocurrir o no puede ocurrir, relaciones con otros invitados, sean conocidos o desconocidos afectará nuestra decisión de aceptar la invitación, y si somos los que invitamos podemos preguntarnos antes ¿Debo o no invitar a tal o cual persona?

 Si lo invitamos, probablemente nos diga que no, que no puede o no que tiene otro compromiso, pero si no lo invitamos se preguntará por qué no lo hicimos. “¿Cómo es que invitó a fulano y mengano y a mi no?” Y de una invitación o de la ausencia de ella pueden levantarse barreras de separación, resentimientos y animosidad de brotan de la nada. Y luego nos preguntamos ¿qué habré hecho para que me ignore? ¿por qué no me habla más?

 Por ejemplo, el profeta Natán junto con otros líderes y Salomón se alarmaron cuando Adonías (hermano de Salomón) invitó a todos a una fiesta y no lo invitó a Salomón, ni al profeta y a los demás líderes. No los invitó porque Adonías quería ser rey en lugar de Salomón, y tenerlos en la fiesta donde se proclamaría como rey, no ayudaría a sus planes.

 Nehemías rechazó cuatro invitaciones para una reunión porque se dio cuenta que el propósito de los que lo invitaban era hacerle mal y detener el trabajo de reconstrucción de los muros en el cual estaba enfocado. Así que respondió: “Yo hago una gran obra, y no puedo ir, porque cesaría la obra, dejándola yo para ir a vosotros” (Nehemías 6:3)

 Pero por otro lado, cuando Lidia, la vendedora de púrpura, después de bautizarse invitó a Pablo, Silas, Lucas y Timoteo a hospedarse en su casa, aceptó esa invitación por su insistencia. En Hecho16:15, dice que Lidia “Y nos obligó a quedarnos”

 Mas adelante, el carcelero de Filipos, invitó a Pablo y a Silas a su casa, donde lavó sus heridas, y se bautizó con toda su familia por haber creído en Cristo, “Y llevándolos a su casa, les puso la mesa, y se regocijó con toda su casa de haber creído a Dios” (Hechos 16:34)

 Es un verdadero arte

**I SER INVITADO E INVITAR PARA BENDECIR**

Juan 2:1-2 “Al tercer día se hicieron unas bodas en Caná de Galilea, y estaba allí la madre de Jesús. Y fueron también invitados a las bodas Jesús y sus discípulos.”

 Como podemos ver, los novios invitaron a María, la madre de Jesús a su boda, y también a Jesús con sus discípulos y es probable que se hayan quedado cortos con el presupuesto, porque les faltó el vino. Sabemos que, en cualquier fiesta, si falta comida o bebida, es algo bochornoso para los anfitriones, incluso podría ser recordado ese evento, no por lo que había sino por lo que faltaba. Por eso fue tan importante que Jesús haya convertido el agua en vino, no solo para mostrar una señal que él tenía el poder de transformar la materia, sino ayudar al que los había invitado a salir de un problema.

 Jesús fue invitado, y convirtió esa invitación en una bendición. Y pasado un tiempo si alguien preguntara a los recién casados cómo fue la fiesta de bodas, ellos simplemente responderían: Jesús estuvo con nosotros, y presencia hizo la diferencia. Esto es lo que nos marca el camino para que nosotros también convirtamos cada evento, cada almuerzo o cena, cada fiesta de bodas, de cumpleaños o cualquier celebración en una bendición, tratando de ayudar, de proveer si algo falta, de crear un ambiente de paz y de gozo.

 Pero en la otra cara de la misma moneda, está el espacio donde nosotros debemos tomar la iniciativa e invitar. A veces somos invitados, pero también debemos invitar para compartir. El ayuno no es dejar de comer, el ayuno de Dios es ayunar de nuestro egoísmo, ayunar de nuestro individualismo, ayunar de nuestro comodidad. En Isaías 58:7 dice que el verdadero ayuno es “¿No es que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes albergues en casa; que cuando veas al desnudo lo cubras y no te escondas de tu hermano?” De manera tal que si alguien nos pregunta: “¿Ayunaste hoy?” podamos responder “Si, hoy estoy de ayuno porque invité a un hermano necesitado a cenar”. O “hoy estoy de ayuno porque hospedé en mi casa a un hermano inmigrante”, “estoy de ayuno porque entregue una muda de ropa, una frazada nueva, cuando supe que alguien tenía frío”. “Estoy de ayuno porque no me escondí de mi hermano cuando vi que estaba en problemas y le ofrecí mi ayuda”.

 Este es el arte de ser invitado para bendecir, e invitar a otros para llenar una necesidad.

**II SER INVITADO E INVITAR EN SENCILLEZ Y ALEGRÍA**

Hechos 2:46 “Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón.”

 Cada uno de nosotros podemos perseverar en la iglesia asistiendo a todas las reuniones, y seremos reconocidos por todos por ser “hermanos fieles”. Si alguien nos pide una información sobre un hermano o hermana, diremos que fulano es realmente fiel. Llueva o truene, haga frío o calor, incluso si se siente mal de salud, hace el esfuerzo para no faltar a ninguna reunión. Pero si preguntamos cómo se relaciona con otros creyentes, posiblemente diremos que no siempre está de acuerdo y está en contra de los nuevos proyectos o para hacer algunos cambios. Es perseverante, pero no siempre se lleva bien con el resto.

 ¿Cuál fue la diferencia con la iglesia primitiva de Jerusalén? Que ellos estaban “perseverando **unánimes** cada día en el templo” Unánimes significa “Que tienen un mismo parecer, dictamen, voluntad o sentimiento” Los que están unánimes tienen la misma opinión y actúan de acuerdo unos con otros. En el momento que en un grupo surge un desacuerdo, dejaron de ser unánimes.

 Cuando los miembros de una iglesia caminan unánimes es mucho más fácil “partir el pan en las casas”, es más fácil reunirse para almorzar juntos, a cenar juntos, una vez en una casa y la próxima en otra, aunque sean más pobres y carezcan de las comodidades básicas, porque “comían juntos con alegría y sencillez de corazón”. Sabemos lo que es comer con alegría, pero ¿qué es comer con sencillez de corazón? La sencillez es un valor moral que implica la falta de arrogancia, vanidad o ambición. La persona sencilla no se complica ni busca complicaciones. Si tiene poco, comparte lo poco que tiene sin avergonzarse ni pedir perdón por no ofrecer algo mejor. Es sencillo para compartir, y los invitados son sencillos para recibir lo que le dan sin criticar ni quejarse.

 Es un arte mantener la alegría de la comunión y es un arte ser sencillo de corazón, y con estas dos virtudes la unanimidad se hace más fácil y ligera. A nadie le puede pesar llevar esta carga.

**III SER INVITADO E INVITAR EN LA VOLUNTAD DE DIOS**

Aquí el panorama cambia porque se trata de nuestra relación con Dios. Hasta ahora hemos estado viendo la riqueza de nuestra interrelaciones entre nosotros, con nuestro entorno, entre humanos y entre los miembros de la iglesia, pero cuando se trata de relacionarnos con Dios, la comida, es decir, lo que nos alimenta, sustenta, nos sostiene es la voluntad de Dios. Como dijo Jesús en Juan 4:34 “Y Jesús les dijo: Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra.”

 Los discípulos de Jesús fueron al pueblo a buscar comida, y cuando la pusieron delante de él, ni siquiera la tocó. Cuando vieron que no comía el evangelio dice que “que los discípulos le rogaban diciendo: Rabí, come”. Como ellos insistían en que comiera, les dijo: “Yo tengo una comida que comer, que vosotros no sabéis.” Los discípulos se miraron unos a otros, y pensaron que vino alguien antes que ellos y le trajo comida, y por eso no comía, porque ya lo había hecho. Entonces, al notar el signo de pregunta en sus ojos, Jesús les dijo: “Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra.”

 Cuando sus discípulos invitaban a Jesús a que comiera, no entendían lo que estaba pasando con su Maestro ni por qué se negaba a comer. Es que Jesús había hablado con una mujer que creyó en él y regresó a su aldea para dar testimonio, y todos los que la escucharon dijeron que querían conocer a Jesús y saliendo de la aldea se dirigían donde estaba Jesús sentado. Por eso, al ver esa multitud que venía hacia él por el testimonio de esa mujer dijo “Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega.” Los campos blancos era la gente que venía a él. Y ver a las personas alcanzadas por el evangelio, ver cómo se convertían a Dios y cambiaban sus vidas, era la comida que alimentaba el alma de Jesús. Su comida era hacer la voluntad de Dios y acabar su obra.

 Del mismo modo, hemos conocido a muchos predicadores, evangelistas y pastores a quienes se les invitó con una comida antes de la predicación y se han negado, no porque no tenían hambre, sino por la carga que sentían de dar el mensaje de Dios. Hacer la voluntad del Padre era su comida.

 Incluso para Jesús, hacer la voluntad de Dios era un lazo más fuerte que sus lazos con su familia. La familia es importante, porque Dios creó a la familia. Todos tenemos un deber con nuestra familia, el deber de cuidar, proteger, proveer y edificar, sin embargo, cuando la familia de Jesús quiso imponerse sobre la voluntad de Dios, y sacar a Jesús de la misión, y que vuelva con ellos a su casa. ¿A quien obedecería Jesús? ¿A su familia o a Dios? ¿estaría con su familia terrenal o con su familia espiritual? Muchos creyentes se han visto en este dilema. Muchos hijos, cuando sus padres les prohibieron ir a la iglesia, los obedecieron, abandonando sus ministerios y su llamado. Pero para Jesús, su verdadera familia se componía de los que querían hacer la voluntad de Dios. Por eso, dijo “Porque todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, y hermana, y madre.” (Mateo 12:50)

 Nuestra comida y nuestra familia es hacer la voluntad de Dios. Todos somos invitados a priorizar el reino de Dios antes que nuestras necesidades, como la comida, y nuestros afectos, como la familia. Por eso, es un verdadero arte saber escoger lo que es correcto, y lo correcto es hacer lo que Dios quiera que hagamos.

**IV SER INVITADO E INVITAR ENTRAR A JESUCRISTO**

Juan 6:35 “Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre, y el que en mi cree, no tendrá sed jamás.”

 Jesús nos invita, pero somos nosotros los que debemos ir a Jesús, porque él dijo “el que a mí viene”. La decisión es nuestra. Si no vamos a Jesús siempre tendremos hambre, y siempre tendremos sed. Solo Cristo puede llenar nuestra necesidad, como dice un antiguo himno:

 Quien podrá con su presencia

 Impartirme bendición

 Solo Cristo y su clemencia

 Puede dar consolación

 Solo Cristo satisface

 Mi transido corazón

 Es el lirio de los valles

 Y la rosa de Sarón

 Cristo suple en abundancia

 Toda mi necesidad

 Ser de él es mi ganancia

 Inefable es su bondad

 Así como nosotros vamos a Jesucristo para que él supla toda nuestra necesidad, también Jesucristo viene a nuestra vida, a la puerta de nuestro corazón esperando que lo invitemos a entrar, porque quiere cenar con nosotros. En Apocalipsis 3:20 dice: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.

 Notemos que Jesús dijo “si alguno oye mi voz”, porque algunos hay que no oyen y ni se enteran que Jesús está llamándoles, pero hay otros que sí la oyen pero no quieren abrir la puerta. Podemos notar también que si abrimos la puerta, él entrará, no para sermonearnos, o corregirnos, sino para cenar con nosotros. Es decir, para tener un tiempo de compañerismo, un tiempo distendido, para que le hablemos y que dejemos que nos hable. Porque los momentos más gloriosos de nuestra vida son cuando sentimos su presencia. Y exclamamos “¡El Señor está aquí!”

 Se necesita un corazón hambriento de Dios para acercase a Jesucristo, y el que se acerca a él no volverá a sentirse insatisfecho o frustrado. Y el que oye su voz y abre la puerta, sentirá la presencia de Dios en su vida.

CONCLUSIÓN:

 Hemos visto que arte es la capacidad de hacer algo, y el arte de invitar y ser invitado puede enriquecer nuestro compañerismo y también la amistad, las buenas relaciones, los momentos placenteros y felices, pero también puede convertirse en un momento donde podemos bendecir y ser bendecidos; puede ser un tiempo donde se exprese la alegría y sencillez de corazón.

 Pero cuando se trata de la relación con Dios, Jesucristo nos mostró con su ejemplo, que su comida era hacer la voluntad de Dios y terminar su obra, y que su verdadera familia se compone con los que hacen la voluntad de Dios.

 Solamente nuestro Señor Jesucristo puede llenar y satisfacer nuestra alma si venimos a él, y que si abrimos la puerta entrará en nosotros y su presencia llenará toda nuestra vida.